

Federico G. Villanueva

Está bien **NO** estar bien

Cómo predicar los
Salmos de lamentación



SERIE RECURSOS LANGHAM PREDICACIÓN

Federico G. Villanueva

Está bien
NO **estar**
bien

Cómo predicar los
Salmos de lamentación



SERIE RECURSOS LANGHAM PREDICACIÓN

A mi esposa Rosemarie
y a mis hijos Emier y Faye

Contenido

Prólogo a la edición en español.	9
Prólogo	13
Prefacio	19
Introducción	21
<i>Capítulo 1. Aprendamos de los Salmos de lamentación</i>	<i>29</i>
• ¿Qué son los salmos de lamentación?	29
• ¿Por qué predicar sobre los salmos de lamentación?	31
• ¿Cómo predicar sobre los salmos de lamentación?	33
<i>Capítulo 2. Está bien estar deprimido.</i>	<i>35</i>
<i>Capítulo 3. Está bien estar triste.</i>	<i>47</i>
• ¿Hay solo una respuesta aceptable?	48
• Diferentes estaciones, diferentes respuestas.	49
• Un tiempo para bailar	50
• Un tiempo para lamentar	51
• Más de una respuesta.	53
• Está bien estar triste.	54
• Cuando golpea la tristeza	55
• El Hijo de Dios estuvo triste.	56
• Tres estaciones en la vida	57
<i>Capítulo 4. Está bien llorar</i>	<i>63</i>
• El lamento: antes y ahora	63
• Jesús lloró	64
• Por qué no lloramos.	65
• Está bien llorar por la pérdida de un ser querido	68
• El duelo es parte del proceso de restauración	69
• El llanto marca el camino a la gloria	71
• Seguiremos lamentando	75
• La historia de José	75
<i>Capítulo 5. Está bien tener miedo</i>	<i>81</i>
• ¿Pueden los cristianos tener miedo?	83
• Qué significa realmente ‘no tengan miedo’	85
• Adónde nos lleva el miedo	86
• Cómo enfrentar el miedo	87
• La historia de Jacob	88
• Llevar nuestros miedos ante Dios	89

<i>Capítulo 6. Está bien luchar</i>	93
• En la vida hay que luchar	94
• Cuando el pueblo de Dios lucha económicamente.	96
• Luchamos con problemas emocionales	97
• Luchamos con la voluntad de Dios, tal como Jesús	99
• Luchamos con nuestra debilidad.	101
• Por qué seguimos luchando	102
• La tensión entre la gloria futura y el sufrimiento actual	104
• Seguimos en el proceso de ser transformados.	105
• Luchamos como Jacob.	109
<i>Capítulo 7. Está bien enojarse</i>	113
• Lidiar con el enojo	114
• Salmos de enojo	115
• ¿Esconder nuestra ira de Dios?	116
• Los salmos procesan nuestro enojo.	118
• ¿Orar pidiendo castigo?	123
• ¿Nos importa realmente?	124
• El valor transformador del enojo.	125
• Exponer el mal	128
<i>Capítulo 8. Está bien cuestionar a Dios</i>	131
• Los lamentos contra Dios en la Biblia.	132
• Abraham fue sincero con Dios sobre lo que realmente sentía	133
• Moisés discute con Dios	134
• Dios no quiere cristianos que solo digan ‘Sí Señor, sí Señor’	137
• Un lamento moderno contra Dios	138
• Habacuc golpea las puertas del cielo con sus lamentos	139
• La sinceridad genera intimidad	141
• El amargo lamento de Jeremías	142
• El lamento acusador de Isaías	142
• El grito de abandono de Jesús	143
• No todas las preguntas son aceptables para Dios	144
<i>Capítulo 9. Está bien fracasar</i>	147
• No sabemos cómo responder al fracaso.	148
• Lugar para el fracaso	149
• Salmos de oscuridad	150
• Lo que necesitamos en nuestra debilidad.	152
• ¿Lamentación solo para alabar?	153
• Las luchas en el Nuevo Testamento.	156
<i>Conclusión</i>	161
<i>Apéndice. Ejemplos de sermones sobre los Salmos de lamentación.</i> . . .	163
<i>Lecturas recomendadas</i>	175

Prólogo a la edición en español

Cuando terminé de leer el libro de Rico Villanueva fui, como siempre, a buscar mi lista anual de libros leídos y registrarlo. Lo hice siguiendo el orden que acostumbro desde hace más de treinta años: título, nombre del autor, fecha de lectura y número de páginas. En la fila final, mi hoja de cálculo me va indicando cuántas páginas he leído ese año hasta ese momento. Ya sé que se están riendo de mí y pensando que soy un poco, o bastante, obsesivo. Es lo mismo que dice mi esposa (que es psicóloga). Y yo siempre me defiendo explicando que esa bitácora de lectura me sirve como diario (anuario) en el que voy registrando mis influencias profesionales, mis intereses académicos y hasta mis estados de ánimo, pero, sobre todo, los motivos de gratitud que voy acumulando en cada lectura. Ese registro ha llegado a ser un mapa de mi viaje existencial y ministerial. Por cada libro, mil cosas por las que agradecer a cada persona que lo ha escrito. Y, en el caso del que ahora tengo el honor de prologar, *Está bien no estar bien*, las razones de agradecimiento se multiplican.

Comencé a leerlo el libro como predicador que soy. Me atrajo el hecho de que, desde las primeras páginas, se ofrecerían sugerencias exegéticas y pastorales para predicar sobre los salmos de lamentación. Y, ¡cómo no! yo, que he predicado muy poco sobre de ellos, sentí mucho interés. En cada uno de sus capítulos encontré, en la parte final y a manera de un anexo homilético que el autor llama *Encuentro con un salmo*, primero unas preguntas que apelan a la experiencia personal del salmista y que conectan con las vivencias de sufrimiento y de dolor que padecemos hoy. Estas preguntas son un recurso muy útil para quienes tienen ministerios educativos, evangelizadores y pastorales. A cada salmo escogido, le sigue un bosquejo homilético con sus puntos

principales, secundarios y conclusiones. Este recurso ofrece muchas sugerencias para el púlpito y despierta nuestra imaginación para seguir explorando la riqueza de los salmos. ¿Por qué no predicamos más de los salmos cuando en nuestro mundo vivimos tantas situaciones similares a las que vivieron los salmistas? Es la pregunta que me sigo haciendo después de conocer todo lo que el autor nos propone en este libro.

Pero lo homilético es solo una parte. Mi otra lectura fue como un texto de teología pastoral. Ahora no sé cuál de las dos debo recomendar con más ahínco porque ambas son profundas en su contenido y muy orientadoras. Esta segunda perspectiva nos presenta una teología pastoral del sufrimiento humano a partir de los salmos. ¡Cuánta falta hace esta teología entre nuestras comunidades de fe, católicas y evangélicas, en América Latina y el Caribe! Porque aquí, la religión se entiende, en muchas ocasiones, como un antídoto inequívoco para evitar el sufrimiento. Se dice, por ejemplo, que allí donde está Dios no hay lugar para el dolor, puesto que Cristo que ya padeció todos los dolores posibles para que sus hijos e hijas no sufran más penas. De esta manera se interpreta la redención como liberación del sufrimiento. Y, ¡claro! no faltan versículos que lo avalen. Nuestras hermenéuticas populares son muy creativas en estos casos.

Cuando la fe se interpreta como una fórmula en contra del sufrimiento, ocasiona más sufrimiento. ¿No fue esto lo que presenciamos durante los dos primeros años de la pandemia por la COVID-19? El desconcierto era grande entre muchas personas creyentes. Se preguntaban por qué Dios no había escuchado sus oraciones y había dejado morir a sus seres queridos; o qué valor tenía ayunar si de todas maneras el virus seguía campante causando miles de muertes. No faltaron los que interpretaron la pandemia como castigo del cielo, como desagravio divino por todas nuestras maldades. La incertidumbre espiritual era muy grande y las preguntas sin respuestas abundaban.

El *Movimiento con la Niñez* y la Juventud hizo, durante el tiempo de cuarentena, un ejercicio con un nutrido grupo de niños y niñas a quienes se les escuchó cuáles eran algunas de sus preguntas religiosas en ese tiempo. Aquí algunos de sus desconciertos: ¿el coronavirus es un castigo de Dios?, ¿por qué algunas personas cristianas se contagian y otras no?, ¿le puedo pedir a Dios que me proteja si Él ya sabe que me voy a enfermar?, ¿Dios dejará que mis seres queridos se contagien? Los

resultados de este ejercicio se publicaron en la guía *Las niñas y los niños preguntan: niñez, teología y pandemia*¹ y sirvieron como una muestra de lo que también los jóvenes y adultos estábamos viviendo: incertidumbre psicológica, en parte ocasionada por nuestro desconcierto teológico.

Pues bien, el libro de Federico Villanueva, ahora oportunamente publicado por Ediciones Puma, de Perú, viene para ayudarnos a llenar muchos de esos vacíos en nuestras teologías pastorales del sufrimiento y, de paso, ayudarnos a recomponer nuestra espiritualidad. Para esto es necesario integrar de manera saludable el sufrimiento y la fe. Y en este libro se descubre esa integración a partir del libro de los salmos, conocido como de cánticos y poemas, pero descuidado como texto de quejas y lamentos.

Villanueva es un salmista (de los de verdad) que también ha cantado sus propias quejas y lamentos. Él y su familia, como filipinos, son sobrevivientes del tifón Ondoy que, como se recordará, en el 2009 destruyó casas y pueblos de Manila y regiones aledañas. Las inundaciones alcanzaron una cifra récord de casi seis metros de altura, causando más de 200 muertos. Él estaba allí con su familia suspirando por su vida, mientras se preguntaba dónde estaba Dios en medio de tanto dolor. De esa vivencia personal nació este libro.

Estamos, entonces, ante un texto de homilética, de teología, de espiritualidad y de pastoral; todo eso enmarcado, no sólo por un estudioso de esas disciplinas, sino por un ser humano marcado por el dolor, a la vez que fortalecido por la esperanza que resurge de la fe. En el libro nos encontramos con lo que vivimos a diario: el miedo, la depresión, la tristeza, las preguntas sin respuesta, el fracaso y el enojo, entre otros temas muy humanos y, como tales, cotidianos.

En el Salmo 77.1–9 leemos este grito:

A Dios elevo mi voz suplicante;
 a Dios elevo mi voz para que me escuche.
 Cuando estoy angustiado, recurro al Señor;
 sin cesar elevo mis manos por las noches,
 pero me niego a recibir consuelo.

¹ Movimiento con la Niñez y la Juventud, *Las niñas y los niños preguntan: niñez, teología y pandemia*, en: <https://movimientonj.org/covid-19/guia-pastoral/>

Me acuerdo de Dios, y me lamento;
medito en él, y desfallezco.
No me dejas conciliar el sueño;
tan turbado estoy que ni hablar puedo.
Me pongo a pensar en los tiempos de antaño;
de los años ya idos me acuerdo.
Mi corazón reflexiona por las noches;
mi espíritu medita e inquiere:
«¿Nos rechazará el Señor para siempre?
¿No volverá a mostrarnos su buena voluntad?
¿Se habrá agotado su gran amor eterno,
y sus promesas por todas las generaciones?
¿Se habrá olvidado Dios de sus bondades,
y en su enojo ya no quiere tenernos compasión?»

Es con estos gritos con los que nos encontraremos en *Está bien no estar bien*. En sus capítulos, así como en su apéndice homilético, encontramos agua fresca para el desierto. Para seguir caminando de la mano de aquel que nos advirtió que en este mundo estábamos expuestos al sufrimiento, pero que confiáramos, como Él confió y venció (Jn 16.33).

Harold Segura

Director del Departamento de Fe y Desarrollo de *World Vision*
América Latina

Prólogo

En el año 2004, cuando el tsunami del océano Índico azotó a países tan lejanos como Tailandia, Indonesia, Sri Lanka y muchas islas intermedias, me invadió el dolor y comencé a llorar mientras miraba las noticias. Me sentí desesperado y acongojado por la terrible y repentina pérdida de vidas, especialmente entre los pobres que ya sufren demasiado, y me enojé con Dios. Al día siguiente era domingo y fui a la iglesia. Pero no pude entonar los cantos de alabanza que formaban parte del culto, por las lágrimas que había en mis ojos y el nudo que tenía en la garganta. Participaba de la adoración, pero no podía decir que me agradaba estar allí; no lograba entender los caminos de Dios. Quería protestar, no alabar.

Al mismo tiempo, no podía hacer causa común con el coro de comentaristas seculares que preguntaban cómo los cristianos podían seguir creyendo en Dios ante semejante tragedia, si se suponía que existía y permitía estos acontecimientos. Mi fe en Dios, mi amor por él, mi confianza en su gracia y su provisión son realidades de toda la vida y no se las puede borrar de la existencia ante la calamidad. Aun así, no me impedían clamar a Dios en lamentación y protesta.

Esa experiencia fue parte de la motivación que me llevó a escribir el libro titulado *The God I Don't Understand (El Dios que no entiendo)*, que el doctor Villanueva cita en este libro. Lo que sigue es un párrafo de lo que escribí allí:

Cuando se nos terminan las explicaciones o rechazamos las que se nos ocurren, ¿qué vamos a hacer? Nos lamentamos y protestamos. Gritamos que no es justo. Clamamos a Dios enojados. Le decimos que no podemos comprender y demandamos saber por qué no lo previno. ¿Está mal hacer esto? ¿Podemos decir que los

verdaderos creyentes no lo deben hacer, como decimos que ‘los hombres cabales no lloran’? ¿Es pecaminoso estar enojados con Dios? De nuevo regreso a la Biblia y encuentro que la respuesta tiene que ser No. O por lo menos, encuentro que Dios permite que se exprese una gran cantidad de enojo, aun si, a veces, lo corrige allí donde éste amenaza con llevar a una persona al pecado o la rebelión (como en el caso de Jeremías, 15.19–21).

En la Biblia, la cual creemos que es la palabra de Dios, de manera que lo que encontramos en ella es lo que Dios quiere que esté allí, hay muchos lamentos, protestas, disgustos y preguntas desconcertantes. El asunto que debemos notar (posiblemente para nuestra sorpresa) es que todo esto no lo lanzan a Dios sus enemigos *sino personas que lo aman y confían en él*. Parece, de hecho, que son precisamente aquellos que tienen una relación más estrecha con Dios quienes se sienten con la mayor libertad para derramar su dolor y protesta ante Dios sin temor al reproche. El lamento no solo se permite en la Biblia, sino que se modela para nosotros en abundancia. Dios parece querer darnos tantas palabras con las cuales llenar nuestro formulario de queja como para escribir nuestras notas de *Te doy gracias*. Quizás esto es porque cualquiera que sea el monto del lamento que el mundo nos hace expresar, es una gota en el océano comparada con el dolor del propio corazón de Dios ante la totalidad del sufrimiento que solo él puede entender.

Job nos da un libro lleno de tales protestas, y al final, Dios declara que Job tiene más razón que sus amigos, quienes dieron tan dogmáticamente su ‘explicaciones’ (y solución) a su sufrimiento. El propio Job es muy enérgico en sus quejas a Dios y sobre Dios:

Sepan que es *Dios* quien me ha hecho daño,
 quien me ha atrapado en su red.
 Aunque grito: ‘¡Violencia!’, no hallo respuesta;
 aunque pido ayuda, no se me hace justicia.
Dios me ha cerrado el camino, y no puedo pasar;
 ha cubierto de oscuridad mis senderos.

Job 19.6–8, énfasis agregado

Jeremías (como Job) desea nunca haber nacido, acusa a Dios de haberlo engañar, y derrama su dolor ante Dios (lee especialmente Jeremías 15.10–21; 17.14–18; 20.7–18).

¿Por qué no cesa mi dolor?
 ¿Por qué es incurable mi herida?
 ¿Por qué se resiste a sanar?
 ¿Serás para mí [Dios] un torrente engañoso
 de aguas no confiables?

(Jer 15.18)

¡Hasta hay todo un libro en la Biblia llamado Lamentaciones! Observa que se escribió en vísperas de una calamidad que se reconoce como un castigo directo de Dios, pero incluso en ese momento el autor se siente en libertad de derramar una mezcla de protesta y súplicas a Dios. Es un libro contundente, lleno de dolor, que constantemente clama a Dios contra la terrible calamidad que ha acontecido a Jerusalén (Lm 2.11–12).

Salmo tras salmo presenta a Dios cuestiones como: ‘¿Hasta cuándo, Señor...?’ y protesta por el sufrimiento del inocente y el aparente alivio del malvado (por ejemplo, Sal 10; 12; 13; 28; 30; 38; 56; 69; 88).

Seguramente no puede ser accidental que en el libro divinamente inspirado de los Salmos haya más salmos de lamento y angustia que de gozo y acción de gracias. Estas son palabras que de hecho Dios nos ha dado. Dios le ha otorgado un lugar prominente a este autorizado libro de cánticos. Necesitamos ambas formas de adoración en abundancia mientras vivimos en este mundo maravilloso y terrible.

Siento que el lenguaje del lamento está seriamente desatendido en la iglesia. Muchos cristianos parecen sentir de alguna manera que no puede ser correcto quejarse ante Dios en el contexto de la adoración colectiva, cuando todos debemos sentirnos felices. Hay una presión implícita para asfixiar nuestros sentimientos reales porque estamos urgidos, por ser piadosos mercaderes de la negación emocional, a tener ‘fe’ (como si el salmista que se lamenta no la tuviera). Así que terminamos

vociferando pretendidas emociones que no sentimos, mientras escondemos en lo profundo las emociones reales con las que luchamos. Ir a adorar se puede convertir en un ejercicio de fingimiento y disimulo, ninguno de los cuales puede conducir a un encuentro real con Dios. De tal modo que, como reacción a alguna espantosa tragedia o desastre, en lugar de gritar nuestros verdaderos sentimientos hacia Dios, preferimos otras maneras de responder a este.

‘Todo es parte de la maldición de Dios sobre la tierra’

‘Es castigo de Dios.’

‘Esto significa una advertencia.’

‘Esto es en última instancia para nuestro bien.’

‘Dios es soberano, así que tiene que hacerlo todo bien al final.’

Pero nuestros amigos que sufren en la Biblia no tomaron ese camino. Clamaron en dolor y protesta contra Dios... *precisamente porque conocían a Dios*. Su protesta nace del irritante contraste entre aquello que saben y lo que ven. Es *debido* a que conocen a Dios que están tan enojados y molestos. ¿Cómo puede el Dios que ellos conocen y aman tanto comportarse de esta manera? Saben que ‘El Señor se compadece de toda su creación’ (Salmos 145.9). ¿Por qué entonces permite que sucedan cosas que parecen indicar lo contrario? Ellos *conocen* al Dios que dice: ‘No me alegro de la muerte del malvado’ (Ez 33.11). ¿Cómo entonces puede observar la muerte de cientos de miles de quienes Jesús nos diría que no necesariamente son más pecadores que el resto de nosotros? Ellos *conocen* al Dios de quien Jesús dice que está ahí aun cuando cae un gorrión a la tierra (Mt 10.29–31). ¿Dónde está ese Dios cuando el océano se traga pueblos enteros (e iglesias)?

Esos desastres inexplicables por completo llenan a los creyentes bíblicos de preocupaciones desesperadas y apasionadas por la propia naturaleza de Dios. Así que claman en vértigo por encima del abismo que parece abrirse entre el Dios

que conocen y el mundo en que viven. Si Dios es como *eso*, ¿cómo puede el mundo ser como *esto*?

El lamento es la voz del dolor, ya sea por sí mismo, por una persona, o por la montaña de sufrimientos de la humanidad y la propia creación. El lamento es la voz de la fe que lucha por vivir con preguntas no respondidas y sufrimientos sin explicación.

Ante algo como el maremoto, entonces, no me avergüenza sentir y expresar mi cólera y lamento. No estoy avergonzado de derramar lágrimas al mirar las noticias o adorar en la iglesia después de esas terribles tragedias que han golpeado otra vez. Le digo al Dios que conozco y amo y confío, pero que no siempre comprendo, que no puedo arrancarme de la cabeza el dolor de ver tal destrucción y muerte. Lloraré por los maltrechos de la tierra, ‘¿Por qué esa pobre gente, Señor, una vez más? ¿No han sufrido ya lo suficiente de las groseras injusticias del mundo?’

No espero la respuesta, pero no le ahorraré a Dios la pregunta. ¿Acaso no he sido hecho a imagen de Dios? ¿No ha plantado Dios también una pálida reflexión de su compasión e infinita misericordia en la pequeña jaula finita de mi corazón? Si hay gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, ¿no hay también lágrimas en el cielo por los miles arrastrados a la muerte?²

Habiendo escrito todo eso, no es de sorprender que dé una cálida bienvenida y recomiende fuertemente este libro de Rico Villanueva. Conocí a Rico como un becario de Langham en el Reino Unido, mientras estudiaba el doctorado sobre los Salmos. Rico presta atención a lo que tantos pastores y predicadores ignoran (e, implícitamente, niegan): los cantos de lamento y de protesta en la Biblia. Asimismo, nos ayuda a relacionarlos con las realidades rotas y dolorosas de nuestra propia vida. Que este libro traiga estímulo y seguridad a muchos. Que nos proteja de las mentiras de quienes nos dicen que simplemente con

² Tomado de Christopher J. H. Wright, *The God I Don't Understand: Reflections on Tough Questions of Faith* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2008), 50–53. Usado con permiso de Zondervan. Traducción al español tomada de: <https://books.google.com.ar/books?id=zwuO-ZFP3RIC&printsec=frontcover#v=onepage&q=jerem%C3%ADas&f=true>

tener fe todo estará bien en la vida. Y que nos ayude a renovar nuestro amor por Dios y la confianza en él en esos momentos que las cosas salen terriblemente mal.

Rev. *Christopher Wright*, PhD
Director de Ministerios Internacionales de la Sociedad Langham

Prefacio

El teólogo japonés Kazoh Kitamori dijo que, para poder escribir sobre el sufrimiento, uno primero tiene que experimentarlo. Pero luego pregunta: ¿Cómo puede uno escribir sobre el sufrimiento cuando atraviesa un tiempo de dificultad mientras escribe? Entre muchas otras cosas, escribir requiere recursos, apoyo y concentración. Entonces, ¿cómo se puede escribir en momentos de sufrimiento, cuando la vida es tan dura? La respuesta, según Kitamori, es la misericordia de Dios.

Al reflexionar sobre todo lo que he pasado, parte de lo cual comparto en este libro, puedo decir que es solamente por la misericordia de Dios que he podido terminar este proyecto. Y la gracia de Dios no es un concepto abstracto, sino que se expresa concretamente a través de personas, situaciones, organizaciones y recursos que pone Dios en nuestro camino para completar la tarea que nos ha encomendado.

Doy gracias a Dios por su misericordia, expresada por medio de las personas que usó para permitirme completar la tarea. Extiendo mi agradecimiento a ellas también, principalmente a quienes forman parte de mi familia: mi esposa Rosemarie, simplemente por creer en mí, animarme, y aceptarme, incluso cuando no estoy bien; a mi hija Faye por leer partes del libro y luego decirme que se sintió ‘aceptada’; a mi hijo Emier, que se unió a la familia en oración por este libro; a mis padres, el obispo Butch y Melita Villanueva, por su apoyo moral y sus oraciones; y a mis hermanos Demo y Jojo, mi primo Boyet y su esposa Carla, quienes leyeron el manuscrito y me animaron a continuar con el libro.

Agradezco al doctor Christopher Wright por escribir el prólogo y a Pieter Kwant, quien sugirió el título ‘Está bien no estar bien’ y me insistió que quería ver el libro terminado. Este libro fue publicado

primero por OMF Literature. Lo he revisado para que no solamente sea útil para los lectores en general, sino también para su uso en los Recursos del Programa de Predicación de la Sociedad Langham (LPR, por su sigla en inglés). Agradezco al doctor Paul Windsor, director de Langham Predicación, por recomendar este libro para su inclusión en las publicaciones de LPR. Isobel Stevenson, quien leyó los primeros borradores, ha sido de gran ayuda en la reorganización del libro para que se adecuara a la imprenta.

También agradezco a mis amigos, colegas y compañeros de trabajo en el ministerio, que caminaron conmigo mientras escribía este libro: el doctor Fernando y la doctora Teresa Lua, el pastor Eric Obado, el doctor Edwin Perona, la doctora Hannah Haskell, el doctor Alwin De Leon, el reverendo Benjie De Jesus, el doctor Wil Hernandez, y mi grupo de escritores *RootWord*, con la doctora Mona Bias y el doctor Rod Santos.

A las iglesias y comunidades donde tuve la oportunidad de compartir algunas de las ideas que se encuentran en este libro a través de la predicación y la enseñanza: la Iglesia Life Gospel (LGC), donde comenzó el arranque para este libro; la Iglesia Proclaim Christ until He Comes (especialmente, el Instituto Bíblico de la iglesia); la Iglesia St Mary Magdalene (Bristol, Inglaterra); Jesus Cares Fellowship (Bristol, Inglaterra); Christian Alliance Fellowship East (especialmente a mi grupo de los miércoles); la Iglesia Capital City Alliance (CCAC); el Instituto y Seminario Faith, Hope, and Love Prayer; las Iglesias Evangélicas Unidas de Filipinas (UECP por su sigla en inglés); la Alliance Graduate School (AGS); Society of Divine Word, Tagaytay y la Escuela de Teología Loyola (Ateneo de Manila): gracias por el privilegio de aprender y compartir con ustedes.

Y a la Sociedad Langham, cuya beca para escritores me permitió tener cierto tiempo libre para enfocarme en escribir.

¡Doy a Dios toda la alabanza y la gloria por su misericordia y su gracia!

Rico Villanueva
Cainta, Rizal
Setiembre de 2016

Introducción

‘**¡El agua ya llegó** al segundo piso!’

Jojo es mi hermano menor. Él, su esposa y sus dos hijas, una niña de siete años y un bebé, estaban atrapados por la inundación que entraba a su casa. Yo no sabía cómo responder a su llamado. Mi familia y yo estábamos en la misma situación y habíamos estado tratando de salvar lo que podíamos. Habíamos subido la mayor parte de nuestras pertenencias al segundo piso de la casa, incluyendo el refrigerador y todo cuanto pudimos levantar. Nosotros también estábamos entrando en pánico. El agua todavía no había llegado al segundo piso, pero subía rápidamente. Había llovido toda la noche, sin interrupción. No había forma de ayudar a Jojo y su familia.

Afortunadamente, Jojo ideó un plan. Rompió una ventana, ató unas cuerdas a las rejas y armó un frágil puente hasta la casa vecina. Luego, él y su esposa cruzaron a sus hijas sujetados de la cuerda. Fue una experiencia aterradora. El agua allá abajo era profunda y la corriente, fuerte. Si caían, morirían.

Las casas y los vehículos de la vecindad eran arrastrados por las aguas. Una cámara de televisión captó la horrorosa secuencia de dos niños de no más de diez años, aferrados a la rama desprendida de un árbol. Cuando la fuerza de la corriente los arrancó de la rama, la corriente los arrastró. Tenían las manos apretadas en posición de oración cuando las aguas los arrastraron hacia la muerte. Sé de una madre que vio todo eso por la televisión. Miró a sus dos hijos, de la misma edad de los que habían perecido. *¿Por qué, se preguntó, esos dos niños murieron mientras oraban y en cambio mis hijos se salvaron?*

Todo esto ocurrió un sábado de 2009 cuando el tifón Ondoy destruyó casas, pueblos e incontables vidas. Incluso quienes no sufrieron

daños de manera directa fueron profundamente afectados. Yo mismo empecé a sufrir ataques de pánico cada vez que llovía con fuerza.

Al día siguiente, domingo, ninguno de nosotros pudo asistir a la iglesia. Muchas iglesias estaban bajo el agua. En nuestro pueblo, llevó varios días que el agua retrocediera. En otros lugares, pasaron meses antes de que se secara. Pero una semana después del tifón, el primer domingo que pudimos volver a la iglesia, prediqué en el servicio del domingo de una iglesia pequeña. Para mi asombro, el que dirigía el culto habló como si todo fuera normal. Ni siquiera mencionó al tifón. Entonamos tres himnos, ninguno de los cuales se relacionaba con lo que habíamos experimentado. Recuerdo que tenía el himnario en las manos y leía la letra de alabanza que cantaba la gente, sin poder pronunciar las palabras. Las oraciones de ese día no mencionaron la tragedia que acabábamos de sufrir. Me pregunté *¿Por qué no hay nada en nuestro culto acerca de lo que hemos experimentado?*

‘Solo cantamos canciones alegres’

Hacía mucho tiempo que me preguntaba precisamente esto. Mientras pastoreaba una iglesia en Manila, nos reuníamos en la iglesia domingo tras domingo y entonábamos cantos al Señor, la mayoría de alabanza. De tanto en tanto, alguna terrible aflicción golpeaba a nuestros miembros: enfermedades, problemas graves, distintos sufrimientos, pero nuestros cantos seguían siendo los mismos.

Había una discordancia entre lo que cantábamos y lo que experimentábamos. La mayoría de nuestras canciones eclesiásticas proviene de Occidente. Muchas son buenas canciones, pero otras muchas no calzan con nuestras experiencias como personas que sufren. Tienden a presentar la vida como si siempre fuera alegre y bella. Incluso algunas de nuestras canciones en idioma *tagalo* no difieren de ellas. Una de las más conocidas declara: *‘Ang buhay ng Kristiyano ay masayang tunay ... laging masayang tunay’* [La vida cristiana es una vida verdaderamente feliz... todo el tiempo feliz]. Otra canción en *tagalo* dice: *‘Kasama natin ang Diyos, di ako matatakot ... Dumaan man ako sa ilog, di ako malulunod’* [Dios está con nosotros, no temeré... Aun cuando pase por ríos, no me ahogaré]. Nuestras casas y pueblos están inundados, ¡y seguimos cantando canciones felices!

¿Solo testimonios positivos?

Observamos el mismo énfasis cuando escuchamos lo que se conoce como ‘compartir’ o ‘dar testimonio’ en las reuniones de la iglesia. En una oportunidad, asistí a una reunión de pastores en Manila en la cual el pastor que dirigía comenzó la reunión diciendo: ‘*Bawal angnakasimangot dito!*’ [¡Aquí está prohibido el ceño fruncido!] A lo mejor solo bromeaba, pero sus palabras reflejan la visión general de que cuando se está en la iglesia, en una reunión cristiana, se supone que uno debe estar bien. Sin embargo, yo no me sentía bien emocionalmente. Y, para peor, ahora también me sentía fuera de lugar en la reunión.

Más tarde, hablando con la persona responsable del cuidado pastoral de cierta denominación, me confirmó que mi experiencia no era aislada. Contó que, en una reunión de pastores de distrito, el líder comenzó diciendo: ‘Es la hora del testimonio. Queremos escuchar sus alabanzas. Por favor no hablen de sus problemas porque eso no ayuda a nadie’¹. Muchos pastores habían asistido a ese encuentro para compartir sus cargas, pero se les impidió hacerlo. Por eso muchos no asisten a esas reuniones. Los encuentros de pastores en algunas ocasiones pueden estar extremadamente enfocados en los logros. En mi experiencia, el tema principal de las conversaciones es cómo está creciendo la iglesia de cada uno, cuántos miembros tienen. En una oportunidad, le pregunté a un pastor amigo al que no veía por mucho tiempo: ‘¿Cómo *estás?*’. Respondió hablándome de su *iglesia*, de lo bien que estaba creciendo.

Lamentablemente, lo que ocurre en los encuentros de líderes eclesiásticos se vuelca a la iglesia misma. Observa cómo son los encuentros para compartir o dar testimonio en nuestras iglesias. La mayoría, si no todos, giran en torno a las cosas positivas, los problemas resueltos y las oraciones respondidas. ¿Cuándo fue la última vez que escuchaste que alguien de pie al frente de la iglesia compartiera una lucha dolorosa por la que está pasando, y punto? ¿Cuándo fue la última vez que viste a alguien llorar frente a la iglesia porque ya no tenía más fuerzas?

¹ Correspondencia personal con el Reverendo Narciso V. Castro (h.), ministro nacional para el cuidado pastoral, de la Alliance of Bible Christian Churches [Alianza de Iglesias Cristianas Bíblicas] de las Filipinas.

Nos aseguramos de que nuestras reuniones de adoración sean pura celebración, como una fiesta. Nuestras canciones siempre son optimistas y nuestros equipos de adoración se proponen terminar siempre en un tono alegre. Un profesor del seminario en Estados Unidos de América, cuya esposa se había divorciado de él, comentó que durante los cinco años de dolor y sufrimiento que había pasado, la única parte del culto de adoración que tenía sentido para él y le era de utilidad eran los cinco minutos de oración que propiciaba el ayudante del pastor por la gente que sufría. El resto del servicio (los cantos, el sermón y todo lo demás) era para la gente feliz. Me temo que podemos decir lo mismo de muchas iglesias evangélicas de nuestro país. Incluso si compartimos nuestro problema en los momentos de testimonio, generalmente, terminamos con frases como: ‘Pero sé que todo estará bien’ o ‘Pero sé que Dios tiene un propósito’. Aunque esas afirmaciones son ciertas, me pregunto si quienes las pronuncian lo hacen solamente para tapar o negar su dolor y su incertidumbre. O, a lo mejor, solo sienten que deben seguir un ‘guion’.

En una ocasión, Scott Ellington dirigió un estudio sobre cómo se realizaban los testimonios en cierto grupo de iglesias. Lo que encontró fue revelador. Descubrió que los testimonios ya no eran espontáneos: eran revisados por los líderes antes de que se hicieran públicos. Los líderes querían asegurarse de que lo que se compartiera públicamente sirviera para aumentar la fe². Una oración sin respuesta no calificaría como ‘testimonio’.

Pero si todos los testimonios y las vivencias compartidas que escuchamos son sobre las oraciones respondidas y las experiencias victoriosas, dejamos de lado lo que viven muchas personas de la iglesia. Mientras algunos pueden dar testimonio de las grandes cosas que Dios está haciendo en sus vidas, a otros les cuesta identificarse con lo que están diciendo. De hecho, algunos pueden preguntarse por qué las oraciones de quienes dan testimonio fueron respondidas, mientras que sus propias oraciones no. De la misma manera, cuando nuestras congregaciones entonan cantos de victoria, algunos tenemos dificultad para acompañar. Hay una canción en tagalo: ‘*Kahit may problema at wala kang pera, di ba’t laging masaya?*’ [Aunque haya problemas

² Scott A. Ellington, “The Costly Loss of Testimony”, *Journal of Pentecostal Theology* 16 (2000): 48–59.

y no tengas dinero, ¿acaso no estamos siempre contentos?]. Pero digámosle eso a la esposa que se preocupa cada vez que llega la factura de electricidad. Digámosle eso al padre que se ve obligado a sacar a su hija del colegio porque ya no tiene dinero para pagar la matrícula. Cantamos: ‘*Kasama natin ang Diyos ... di ako malulunod*’ [Dios está conmigo... no me ahogaré]. Pero ¿cómo pueden cantar esa canción los seres queridos de quienes fueron arrastrados por el tsunami? Cantamos: ‘*Kasama natin ang Diyos ... di akomasusunog*’ [Dios está conmigo... no me quemaré] ¿Cómo puede alguno de los miembros de mi iglesia, cuya casa se incendió completamente, identificarse con esto? ¿Cómo pueden relacionarse con eso las familias, cuando los terremotos de Nueva Zelanda y Japón en 2011 mataron a sus seres queridos y aplastaron sus vidas? ¿Cómo puede el padre que perdió toda su familia en el tifón Sendong (el fenómeno que mató a más de cinco mil personas) pensar en cantar una canción así?

La supresión de lo negativo en la iglesia

Lo triste es que en gran medida hemos suprimido exitosamente lo que muchos consideran ‘negativo’³. No hay lugar para emociones negativas como la desesperación, la tristeza, la soledad, el temor o la ira; no hay lugar para las acciones negativas como luchar, lamentar, llorar, clamar y cuestionar a Dios; no hay lugar para situaciones negativas como el fracaso, los accidentes o las calamidades. Hoy en día, en general,

- no está bien estar deprimido
- no está bien estar triste
- no está bien llorar
- no está bien tener miedo
- no está bien luchar
- no está bien estar enojado
- no está bien cuestionar a Dios
- no está bien fracasar

³ Lo denomino ‘negativo’ aquí, pero no porque yo lo considere negativo. Como demostraré en este libro, generalmente, las emociones que la gente considera negativas, como la ira, en realidad pueden ser emociones positivas. Pero aquí retengo la palabra ‘negativo’ porque es así como mucha gente ve hoy en día esas emociones.

Al hablar sobre sus propias experiencias en Singapur, Gordon Wong, pastor y erudito en Antiguo Testamento, escribe: ‘Nuestras iglesias hacen hincapié en la oración y la alabanza a Dios. Pero casi siempre pensamos que las únicas oraciones aceptables para Dios son palabras de alabanza y de agradecimiento’⁴. Señala la ausencia de oraciones como los Salmos de lamentación y Habacuc.

Muchas iglesias hoy han perdido una importante dimensión de la oración y la adoración. Recalcamos de tal manera la gratitud, que damos la impresión de que a Dios solo podemos adorarlo con un corazón feliz, o que solo pueden hacerlo las personas que se sienten rebosantes de alabanza. Muchos de nuestros comentarios en el culto están destinados a instar que el adorador se sienta de la manera ‘correcta’, buena, positiva y gozosa. Incluso decimos cosas como ‘No puedes alabar sinceramente a Dios si estás preocupado por tus problemas. Deja a un lado tus problemas ahora mismo. Estamos en la casa de Dios. Que las preocupaciones de este mundo no te distraigan. Sencillamente enfócate en Dios y alaba su nombre’⁵.

Denise Ackermann, líder cristiana sudafricana, ha hecho una observación similar:

Los actos de lamentación han desaparecido de la liturgia de nuestras iglesias. La súplica [el gemido de dolor] de personas que encaran directamente a Dios, pidiéndole que responda por la insolubilidad del sufrimiento, se considera litúrgicamente inapropiada en el cristianismo dominante en mi país⁶.

Una mirada a los libros de culto de las denominaciones principales revela que ‘los salmos de lamentación están pobremente representados...

⁴ Gordon Wong, *God, Why?: Habakkuk's Struggle with Faith in a World Out of Control* (Singapur: Armour, 2007), 7.

⁵ *Ibidem*.

⁶ Denise Ackermann, “A Voice Was Heard in Ramah’: A Feminist Theology of Praxis for Healing in South Africa”, en *Liberating Faith Practices: Feminist Practical Theologies in Context*, eds. Denise Ackermann y Riet Bons-Storm (Leuven: Peeters, 1998), 96; citado en John Swinton, *Raging with Compassion: Pastoral Responses to the Problem of Evil* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 2007), 115.

Con llamativas excepciones, parecería que la oración y la adoración en muchas congregaciones cristianas no dan lugar para las experiencias de lamento, protesta y queja contra Dios⁷.

Mal preparados para enfrentar la tragedia

Como en nuestras iglesias no hay lugar para las experiencias negativas, no sabemos cómo responder cuando ocurren hechos trágicos. John Swinton relata su propia experiencia en Irlanda después del bombardeo de Omagh, que mató veintiocho personas y dejó alrededor de otras doscientas heridas y mutiladas. Poco después del bombardeo, Swinton asistió a la iglesia y observó (como lo hice yo después que el tifón Ondoy devastara Manila) que no se había hecho ninguna mención a la tragedia en todo el servicio de adoración.

Había algo que estaba muy mal en nuestra iglesia, y a pesar de que había asistido durante tres años, nunca lo había notado. Parecía que no teníamos ninguna capacidad para manejar la tristeza. Mientras reflexionaba cómo adoraba mi iglesia, sus énfasis, su tono, sus expectativas, las esperanzas expresadas, de repente comprendí claramente que *no había lugar en nuestra liturgia ni en nuestra adoración para la tristeza, el quebranto y el cuestionamiento*. Teníamos mucho lugar para el amor, el gozo, la alabanza y la oración, pero parecía que veíamos el reconocimiento de la tristeza y el trágico quebranto de nuestro mundo casi como equivalente a la falta de fe. Como resultado, *cuando golpeó la tragedia... no teníamos idea de qué hacer con ella ni cómo expresar nuestra aflicción. Como no habíamos practicado conscientemente el arte de reconocer, aceptar y expresar la tristeza, no habíamos desarrollado la capacidad de lidiar con la tragedia...* Frente al mal y al sufrimiento, cantábamos canciones alegres y expresábamos ideas animadas, en lugar de llorar con los heridos y lamentarnos junto al Dios Soberano⁸.

⁷ K. D. Billman y D. L. Migliore, *Rachel's Cry: Prayer of Lament and the Rebirth of Hope* (Portland, OR: Wipf & Stock, 1999), 13.

⁸ Swinton, *Raging with Compassion*, 92–93, énfasis del autor.

Negar los verdaderos sentimientos

Como en las iglesias no hay lugar para nuestras experiencias negativas, no solamente estamos mal preparados cuando golpea la tragedia, sino que, además, las personas aprenden a negar sus verdaderos sentimientos. Al no haber lugar para sus experiencias negativas, aprenden a ocultarlas. Se sienten obligadas a crear su propia 'identidad virtual', la imagen de que están 'siempre bien'. El erudito en el Antiguo Testamento y líder cristiano, Chris Wright, señala:

Hay una presión implícita para asfixiar nuestros sentimientos reales porque estamos urgidos, por piadosos mercaderes de la negación emocional, a tener 'fe'... Así que terminamos vociferando pretendidas emociones que no sentimos, mientras escondemos en lo profundo las emociones reales con las que luchamos⁹.

¿Qué hacemos entonces? ¿Cómo encaramos el fracaso de la iglesia de no dar lugar a nuestras experiencias negativas?

⁹ Wright, *The God I Don't Understand*, 52. Traducción al español tomada de: <https://books.google.com.ar/books?id=zwuO-ZFP3RIC&printsec=frontcover#v=onepage&q=jerem%C3%ADas&f=true>

Aprendamos de los Salmos de lamentación

Domingo tras domingo, observaba el abismo creciente entre lo que experimentábamos y lo que declarábamos en nuestros cantos y testimonios. De modo que comencé a buscar guía para enfrentar ese problema. Lo que descubrí es que había lamentos en todo el Antiguo Testamento (por ejemplo: Isaías 63.7–64.11; el libro de Lamentaciones). Pero los lamentos se concentraban particularmente en el libro de los Salmos, que está lleno de canciones y oraciones que brotan de las experiencias dolorosas de la gente. Allí encontré la voz que estaba buscando, la que proviene de lo profundo. ‘A ti, SEÑOR, elevo mi clamor desde las profundidades del abismo’ (Sal 130.1).

¿Qué son los salmos de lamentación?

Los autores de los salmos de lamentación no se quejan ni se lamentan de cosas como estar estancados en un embotellamiento de tráfico. Sus salmos surgen de experiencias desesperantes, graves, continuas, de las que no pueden escapar. Algunas son provocadas por crisis nacionales como una cosecha perdida o la derrota en una guerra (Sal 44), y muchas parecen haber sido escritas por el rey, que se refiere a sí mismo como ‘yo’ cuando habla en lugar de su pueblo sufriente. Otros salmos hablan de crisis más personales como enfermedades prolongadas (Sal 6), depresión (Sal 13.2), o la traición de alguien muy cercano (Sal 55.12–14)¹.

¹ En su libro *Psalms: Reading and Studying the Book of Praises* (Peabody, MA: Hendrickson, 1990, 23) W. H. Bellinger divide los Salmos de lamentación de la

Es importante observar que todos esos lamentos, los personales y los comunitarios, son parte del libro de Salmos, que funcionaba más bien como un himnario utilizado en la adoración en el templo de Jerusalén. Eso significa que incluso los lamentos personales no eran puramente personales sino destinados a ser usados en comunidad. Los autores se lamentaban ante Dios en el contexto de la comunidad, y la comunidad escribía y utilizaba sus lamentos.

Las personas que escribieron los salmos de lamentación no guardaban silencio respecto a lo que sentían o experimentaban. Plasmaron sus experiencias con poesías y música. Aunque ya no tenemos acceso a la música original de estos salmos, las palabras poéticas permanecen, junto con la emoción que las acompañaba. En estas lamentaciones conocemos la agonía del pueblo. Sentimos su dolor. Tenemos el privilegio de ver las luchas, los sufrimientos y la oscuridad que soportaron los creyentes del Antiguo Testamento. Se nos invita a caminar con ellos 'por el valle de sombra y de muerte' mientras nos conducen a la senda que lleva a la luz. Sus lamentos nos hacen sentir que no estamos solos. Nos ofrecen palabras que podemos usar en nuestro recorrido, que también está marcado por el dolor y el sufrimiento.

Lo más importante de todo es que los lamentos nos abren un camino hacia Dios. No son palabras vacías lanzadas a la nada. El pueblo de Dios tiene alguien a quien dirigir sus lamentos. De hecho, el lamento es un tipo de oración. Eso es lo que diferencia los lamentos bíblicos de muchos lamentos modernos, que simplemente se quejan de la vida en general, del gobierno, de la corrupción y demás. Los lamentos que encontramos en el libro de los Salmos no son solo quejas; son oraciones, oraciones honestas. Lo que hace particularmente poderosos a los salmos de lamentación es que son oraciones y Palabra a la vez. Los salmos de lamentación han sido incluidos en nuestra Biblia y, por lo tanto, tienen un mensaje

siguiente manera:

Salmos de lamentación individual: 3, 4, 5, 6, 7, 9-10, 11, 13, 16, 17, 22, 25, 26, 27, 28, 31, 35, 36, 38, 39, 40, 42-43, 51, 52, 54, 55, 56, 57, 59, 61, 62, 63, 64, 69, 70, 71, 77, 86, 88, 94, 102, 109, 120, 130, 140, 141, 143.

Salmos de lamentación comunitaria: 12, 14, 44, 53, 58, 60, 74, 79, 80, 83, 85, 90, 106, 108, 123, 126, 137.

importante para nosotros hoy. Nos invitan a presentar todas nuestras emociones negativas y nuestros fracasos ante Dios. Usando sus mismas palabras, podemos luchar, llorar e incluso plantearle a Dios nuestras preguntas.

¿Por qué predicar sobre los salmos de lamentación?

Como vimos en el capítulo anterior, el fuerte énfasis en lo positivo y en las victorias de algunas iglesias y comunidades significa que nuestras experiencias negativas se ven ahogadas por el ruido de la alabanza. Pero nuestras experiencias negativas son reales y tienen un lugar en la Biblia. Como pastores, tenemos la responsabilidad de ayudar a nuestra gente a entender eso, predicando sobre los salmos de lamentación. Al hacerlo:

- *crearemos un espacio para nuestras experiencias negativas en la comunidad de adoración.* Necesitamos de los salmos de lamentación para dar voz a nuestras experiencias negativas. Los salmos nos dicen que está bien no estar bien. Hay lugar para la tristeza, la depresión, la ira, las preguntas y las luchas. No tenemos por qué negarlas; son parte de nuestra espiritualidad y de nuestro caminar con Dios. Al reconocerlas y traerlas ante Dios de la manera que lo hacen los salmos de lamentación, convertimos nuestras experiencias negativas en oportunidades para crecer y acercarnos a Dios.
- *desafiaremos a las personas a confrontar sus sufrimientos y sus luchas.* Ninguno de nosotros quiere el sufrimiento y el dolor. Preferiríamos negarlos o ignorarlos. Pero también sabemos que no somos inmunes al sufrimiento. Nadie sale ileso de la vida. Todos tenemos días en los que ya no queremos levantarnos. Algunos tenemos que ir a la iglesia los domingos, aunque no nos sentimos bien o tengamos una lucha interior. Sin los lamentos, quizás no hay oportunidad de enfrentar lo que estamos atravesando. La mayor parte del servicio de adoración, los cantos, el sermón, etcétera, son para las personas que están bien. Al traer a colación los salmos de lamentación, nos aseguramos de que nuestras experiencias

negativas reciben la atención que necesitan. Para algunos esto puede ser incómodo. ¿A quién le gusta reconocer que no está bien? Pero no podemos avanzar hacia la restauración hasta que no enfrentemos nuestra verdadera situación.

- *podremos invitar a la gente a venir a Dios y derramar frente a él su corazón.* Los salmos de lamentación proporcionan palabras para expresarnos frente a Dios. Hay ocasiones en las que, simplemente, no sabemos qué decir. La belleza de los salmos de lamentación es que expresan por nosotros aquello por lo que estamos pasando. Todas las emociones que atravesamos se encuentran en el libro de los Salmos, incluyendo las negativas. Y como los salmos de lamentación son oraciones, se convierten en medios para derramar nuestra angustia y súplicas personales a Dios. Una de las mejores maneras de predicar los lamentos es invitando a la congregación a orar al final con las palabras del lamento.

Puse en práctica las ideas que mencioné recién y comencé a enseñar y predicar sobre los salmos de lamentación cada vez que fuera apropiado. Enseñaba sobre los salmos de lamentación en nuestras reuniones de oración, durante Semana Santa y en otras oportunidades. Después de dos años de hacerlo, comencé a ver fruto. En una ocasión, tuvimos lo que yo denominaría una experiencia moderna de lamento comunitario. Ese domingo por la mañana, después que terminó el servicio de adoración y todos estaban a punto de retirarse, uno de los miembros, una madre, se adelantó y comenzó a compartir sus luchas. Lloraba. Los miembros que estaban yéndose regresaron y la escucharon. No era el típico testimonio de ‘tengo un problema, pero...’ Esa madre realmente estaba compartiendo un lamento con la congregación. Regresé desde el fondo de la iglesia. Cuando terminó de hablar y todavía sollozaba, dirigí a la congregación en una oración de lamentación. Dije lo terriblemente mal que nos sentíamos por lo que le había ocurrido a ella. ‘Estamos muy mal’, dije. No terminé con una nota positiva. Terminé precisamente así. Pero cuando abrí los ojos, vi que muchos de nuestros miembros tenían lágrimas en los ojos. Percibí en ellos una sensación de alivio y liberación. Está bien no estar bien en la iglesia.

Ese es el mensaje de este libro. Si tengo que resumir el mensaje de los salmos de lamentación, es de la siguiente manera:

Está bien no estar bien

- Está bien estar deprimido
- Está bien estar triste
- Está bien tener miedo
- Está bien enojarse
- Está bien luchar
- Está bien llorar
- Está bien cuestionar a Dios
- Está bien fracasar

Espero que este libro te ayude a entender cómo podemos usar estos salmos en nuestras iglesias y comunidades. Aprenderemos a apreciarlos como *poesía*, lo cual expresará vivamente nuestras penas humanas, como *indicadores* hacia Dios, en tanto nos enseñan una teología del sufrimiento, y como *oraciones*, con las que podemos identificarnos y de las que podemos apropiarnos cuando nos faltan las palabras a causa del dolor.

¿Cómo predicar sobre los salmos de lamentación?

Aún es demasiado pronto en este libro como para indicarte detalladamente cómo preparar un sermón sobre un salmo de lamentación. Habrá ejemplos de ello más adelante, y algunos ejemplos detallados en el Apéndice. En este punto, solo quiero que pongas tu atención en cuatro pasos clave que te ayudarán a discernir el mensaje de Dios para ti mismo y para aquellos a quienes les predicas.

1. Presta atención al movimiento entre lamento y alabanza en estos salmos.
2. Identifica los tipos de sufrimiento descritos en cada salmo.
3. Discierne qué mensajes acerca de Dios, la vida de fe y la realidad en general podemos sacar de esas descripciones del sufrimiento.
4. Participa de cada salmo de lamentación orando literalmente con las palabras del salmo, experimentando por ti mismo los movimientos

entre lamentación y alabanza, y presentando ante Dios tus propias experiencias y las de los demás a medida que te identificas con los sufrimientos descritos en el salmo.

Cada capítulo de este libro termina con una invitación a dedicar tiempo a encontrarse con uno de los salmos de lamentación. Que Dios te hable y, por tu intermedio a su pueblo, mientras meditas en qué significa para nosotros lamentar en comunidad.

¿Cuántas veces un amigo con el que nos encontramos nos saludó con un 'Cómo estás'? Casi siempre nuestra respuesta automática es 'Bien, gracias', no importa si es o no cierto. En los servicios de la iglesia solemos proclamar que 'Dios es siempre bueno... siempre bueno', pero con frecuencia hay momentos en los que sentimos que la vida no es justa y le preguntamos a Dios '¿Por qué?'.

Las canciones motivadoras y los testimonios victoriosos de las reuniones en la iglesia no evocan nuestras experiencias de sufrimiento y adversidad. Es decir, en las comunidades cristianas casi nunca hay lugar para experiencias de 'no estar bien'. Esto es especialmente cierto para los pastores y los líderes, de quienes se espera que sean fuertes y que estén bien en todo momento.

Sin embargo, los Salmos de lamentación en la Biblia pintan un cuadro muy diferente sobre la comprensión de la vida y la manera en que los seres humanos se expresan ante Dios. El autor de este libro recurre a las Escrituras para enseñarnos que en la presencia de Dios hay lugar para 'no estar bien' y que nuestras experiencias negativas no tienen por qué ser ignoradas; nos desafía a enfrentar nuestras luchas y preguntas, en lugar de negarlas. Lo que es más importante, el autor nos invita a presentar todo nuestro ser en la presencia de Dios y de nuestra comunidad de fe porque cuando nos abrimos, crecemos en comunión con Dios y en nuestra relación de unos con otros. Muy útil para predicadores, pastores y líderes cristianos en general.

Este es un libro fundamental porque, como le ocurrió a su autor, en las iglesias en todo el mundo hay muchos que se sienten 'fuera de lugar en las reuniones' por ninguna otra razón que su dolor y su tristeza. Muy frecuentemente, nuestros encuentros muestran un mundo distinto del real, en el que el gozo es permanente y la vida es fácil. Pero en la Biblia no es así, como expresan claramente las exposiciones del autor. Además de recurrir a la sabiduría de la psicología moderna, el foco principal está en estos textos antiguos que se adelantaron a su tiempo y que son tan relevantes hoy como siempre lo fueron. Esto es alimento para la mente y un bálsamo para el alma, y devolverá el muy necesario realismo a muchas iglesias.

Mark Meynell

Director asociado para Europa y el Caribe del Programa de Predicación de Langham.



Federico G. Villanueva es doctor en Estudios del Antiguo Testamento por la Trinity College, Universidad de Bristol, Reino Unido. Ha ejercido el ministerio pastoral en Manila por más de una década. Habitualmente visita a las iglesias en Filipinas y predica sobre los Salmos. Enseña en seminarios sobre cómo predicar los Salmos. Es secretario de publicaciones de la Asia Theological Association.



ISBN 978-612-5026-14-9



Religión - Estudios Bíblicos
- Antiguo Testamento